

Título: El poder de abrir las puertas del corazón y del hogar

Seudónimo: Reportera de valores

No era novedad el hecho de que más inquilinos llegaban al domicilio de al lado, ya que tenía entendido que la nueva familia que se había mudado era una familia extensa. Dos hermanas ancianas, las respectivas hija y nieta de una de ellas habitaban aquel hogar. En un comienzo me pareció inusual la manera en la que ellas vivían. No comprendía por qué tres generaciones albergaban esta vivienda, ya que las familias de hoy en día lamentablemente están cada vez más desunidas.

Pasaron los días, las semanas y los meses y todo transcurría normal. Por esta razón no me extrañó el siguiente evento: un día me pareció ver llegar a otra pariente, la cual no dudé que fuera la hija de una de las dos abuelas, puesto que arribó con tres enormes valijas con las que definitivamente cargaba todas sus pertenencias para quedarse a vivir en tal hogar. Al mirar por mi ventana, sin haber escuchado ninguna palabra de estas mujeres, la expresión de los ojos de la nueva vecina exclamaba la alegría por haber llegado a casa. Observaba unos rostros de satisfacción tanto de la recién llegada como de las ancianas, lo que me llevaba a imaginar que eso se debía al largo tiempo de espera de aquella mujer.

Ya era tradición reunirnos cada dos meses con mis vecinos más próximos con el fin de pasar una tarde de convivencia, y esta vez nos tocaba a mi familia organizarla. Ésta iba a ser la primera ocasión en la que la mujer que recién había llegado a la casa de al lado iba a convivir con mi familia. Cuando mi mamá le extendió una atenta invitación a una de las abuelas, le comentó que todas estaban invitadas, tanto ella, como sus hijas (dando por hecho que la nueva inquilina era otra hija), su nieta y su hermana. Al momento en que mi mamá regresó de la casa de las vecinas llegó boquiabierta y sorprendida por lo que le contestó una de las ancianas.

Lo que sucedió fue que la abuela con la que habló mi mamá le dijo que gracias por la invitación y que claro que les decía, solamente que la última mujer que había llegado a vivir a su casa no era su hija... se trataba de la ex esposa de su hijo, puesto que hace ya varios años se habían divorciado, pero debido a que la ex nuera no tenía un lugar en

donde quedarse a vivir –porque no tenía cómo solventarse– su ex suegra no dudo ningún instante en ayudarla y compartir con ella su hogar.

Hechos como éste nos recuerdan que todavía hay esperanza en la sociedad, que existen personas amables, quienes tienen consideración con los demás y saben que el cambio en la sociedad empieza desde uno mismo.

Fácilmente la anciana pudo haber negado que su ex nuera se fuera a vivir a su hogar, debido a que ya no existía ninguna relación familiar a partir del divorcio de su hijo. Ella pudo haber sido indiferente a su situación, pero no fue así. Se dio cuenta que su ex nuera realmente necesitaba ayuda y de esta forma le extendió la mano y dejó atrás tal vez el enojo, el rencor y la indiferencia que pudo haber estado presente.

A través de este acontecimiento reflexioné que hay que trabajar por recuperar los valores como el servicio, la generosidad, la tolerancia, entre muchos otros, ya que solo a partir de las acciones de uno mismo es posible lograr la paz que anhelamos en nuestra sociedad.